

con el disgusto que llevo en el corazón? Recibiré á Florencia Marsh mañana y todos los días; y si el Archiduque se incomoda, que se incomode. Habla de encontrar sitio dónde herirme. No hay más que uno, y voy á herir yo misma en él. Es como si se amenazase con un duelo al que está decidido á suicidarse.

—Pero ¿tú crees que tiene razón cuando habla de los cálculos de Marsh?—preguntó la señora de Brión para detener el acceso de rebelión que presentía.

—Es posible—dijo la Baronesa—. Es americano, y para esa gente un sentimiento es un hecho como otro cualquiera, que tratará de explotar del mejor modo posible. Pero admitamos que él especule con el amor de Florencia un sabio ó un inventor; ¿esa especulación del tío probará que el sentimiento de la sobrina no es sincero?... ¡Pobre Florencia!—concluyó con un acento que parecía el eco de su tormento interior—. Espero que no dejará que la separen de la persona á quien ama; sufrirá mucho, y si necesita ayuda en su empresa, yo la ayudaré.

Estos dos gritos sucesivos demostraban tal estado de agitación, y, por consecuencia, un resto tal de incertidumbre en la prudente resolución tomada de común acuerdo, que la fiel amiga quedó espantada. La idea que tuvo la anterior noche, rechazada después como difícil de realizar, aquella idea de dirigirse directamente á la magnanimidad del joven, imponíase á ella de nuevo con vigor extraordinario. Aquella vez le dió libre curso, y al siguiente día, por la mañana, un mozo de la estación llevaba al Hotel de las Palmas la siguiente carta, que Pedro Hautefeuille abrió y leyó

al salir de largas horas de ansiedad y de cruel insomnio:

«Caballero: Cuento con la delicadeza de usted para que no intente saber quién soy ni el motivo que me hace escribirle estas líneas. Son de alguien que le conoce á usted sin que usted le conozca, y que le aprecia profundamente. No dudo, pues, que no extrañará á usted este llamamiento á su honor. Una palabra bastará para hacerle comprender de qué modo está interesado este honor en que cese usted de comprometer involuntariamente, así lo creo, la paz y el buen nombre de una persona que no es libre, y á la que su elevada posición hace el blanco de la envidia. Se le ha visto á usted, caballero, anteayer, en la sala de juego de Monte-Carlo, comprar un objeto que dicha persona acababa de vender á un usurero. Si éste hubiera sido un hecho aislado, no hubiera tenido tan peligrosa significación. Pero debe usted comprender que durante estas últimas semanas la actitud de usted no ha podido escapar á los comentarios de la malignidad. La persona de quien se trata no es libre. Ha sufrido mucho, y el menor ultraje de aquel de quien depende podría provocar una catástrofe. Tal vez nunca le dirá á usted lo penoso que ha sido para ella el paso de usted, que conoce. Sea usted un hombre honrado. Tenga usted ánimos para ejecutar el único acto que puede sofocar á la calumnia si aún no ha nacido, y destruirla si nace. Abandone usted á Cannes, caballero, durante algunas semanas. Llegará un día en que disfrutará usted de una íntima alegría diciéndose que ha cumplido con su deber y que ha dado usted á una criatura superior la única prueba de sa-

crificio que le está permitido ofrecerla: el respeto á su tranquilidad y á su honor.»

En la célebre novela de Daniel de Foe, ese prodigioso compendio de todas las emociones humanas, hay una página que es el símbolo de la especie de espanto que nos producen algunas revelaciones absolutas, trágicamente inesperadas. Es aquella en que el solitario tiembla hasta lo más hondo de su sér viendo sobre la arena de la isla desierta la huella de un pie desnudo. Un temblor semejante agitó á Pedro Hautefeuille leyendo aquella carta, en la que tenía la prueba, después de veinticuatro horas de incertidumbre; la indiscutible, la espantosa prueba de que alguien había visto su acción de la antevíspera por la noche. ¿Quién? Después de todo, ¿qué importaba el nombre de aquel testigo desde el momento en que la señora de Carlsberg estaba advertida? Ella le llamaba para reprocharle su indiscreción, tal vez para prohibirle que volviese á su presencia. La seguridad de que su conversación se referiría á lo que él se reprochaba ahora como un crimen fué tan intolerable, que tuvo la idea de no asistir á la cita, de huir muy lejos. Volvió á leer la carta y se dijo: —Es verdad; no tengo más recursos que alejarme.—Frenética y maquinalmente á la vez, como si una verdadera sugestión emanase de las frases escritas sobre la pequeña hoja de papel, llamó, pidió una guía, que se le preparase su cuenta y que se le trajese su equipaje. Si el expreso de Italia, en vez de partir por la tarde, hubiese salido de Cannes á las once, tal vez el pobre niño hubiese precipitado una huída que algu-

nas horas después debía parecerle tan insensata como necesaria le parecía en aquel momento.

Pero era preciso esperar, y, pasada la primera crisis, comprendió que no podía, que no debía marcharse sin dar una explicación. No pensaba en justificarse. A sus propios ojos no había justificación posible. Y, sin embargo, no quería que la señora de Carlsberg le condenase sin que él se hubiese lamentado por su propia delicadeza. ¿Qué la diría? Durante las horas que faltaban para la de la cita, ¡cuántas frases imaginó, sin sospechar que la fuerza soberana que le arrastraba hacia aquella mujer no era la necesidad de defender su causa! Era hacia *la sensación de la presencia* adonde marchaba irresistiblemente, único deseo que destruye todo en un corazón que ama, desde los más justos rencores á la más loca timidez.

Cuando el joven entró en el salón de la quinta Helmholtz, el exceso de su emoción háblale puesto en estado de somnambulismo, en que el alma y cuerpo obedecen á un impulso del que apenas tienen conciencia; estado muy análogo al del hombre resuelto que atraviesa un gran peligro; semejanza que prueba cuánto los dos instintos fundamentales de nuestra naturaleza, el de la conservación y el del amor, son obras de nuestras fuerzas impersonales, exteriores y superiores al dominio de nuestra voluntad reflexiva.

En tales momentos, nuestros sentidos están á la vez excitados y paralizados; excitados, por los menores detalles que corresponden á nuestro arranque interior; paralizados, por todas las demás circunstan-

cias. Nunca Hautefeuille, cuando después ha pensado en aquel momento decisivo de su vida, ha podido recordar por qué camino fué á la quinta, ni qué personas conocidas encontró. No despertó de aquella especie de sueño lúcido hasta el instante en que se encontró en el primero de los dos salones, en el más grande, sin nadie entonces. Flotaba en la atmósfera un olor, mezcla de las plantas que llenaban los floreros y del perfume preferido por la señora de Carlsberg: un compuesto de ámbar de Chipre y de agua de Colonia. Apenas había tenido tiempo de respirar aquel olor, que le recordaba á Ely, cuando se abrió la segunda puerta.

Oyó un ruido de voces, de las que no distinguió más que una, que le llegó al corazón como le había llegado el perfume. Unos pasos más, y se encontraba en presencia de la señora de Carlsberg, que hablaba con la señora de Brión, la marquesa de Bonnacorsi y la linda vizcondesa de Chesy. Mas lejos, cerca del invernadero, Florencia Marsh, de pie, hablaba con un joven, un buen mozo rubio, mal vestido, pero mostrando bajo su desordenada cabellera uno de esos expresivos rostros de sabio, de ojos brillantes y meditabundos y de sonrisa ingenua. Era Marcel Verdier, al que la joven había prevenido con una palabra atrevidamente, á la americana, y que no pudiendo almorzar con ellas por culpa del Archiduque, se había escapado del laboratorio diez minutos para ir á verla.

La Baronesa estaba también de pie. Procuraba y viniendo por la estancia, engañar su enervamiento, que iba á llegar al colmo con la llegada

de aquel á quien esperaba. ¿Cómo había de sospecharlo este último? ¿Cómo hubiera adivinado, al verla vestida con el clásico traje de corte de sastre, de jerga azul, hecho para paseo, que aquella mañana no había podido permanecer en casa? Habíase dirigido hacia el hotel de Pedro, del mismo modo que éste se había dirigido tantas veces hacia la quinta Helmholtz, para ver la casa y volverse con el corazón agitado. ¿Cómo, en fin, había de leer en los tiernos ojos azules de la señora de Bonnacorsi la complacencia, en los oscuros de la señora de Brión la inquietud, detalles todos que para un enamorado capaz de observación hubieran significado una esperanza? Pedro no vió claramente más que una cosa: la inquietud que la señora de Carlsberg demostraba en sus ojos, y que interpretó en seguida como signo de un furor inagotable, lo que era bastante para el que apenas encontraba la fuerza necesaria para responder á las frases banales de política, mientras tomaba asiento junto á la Marquesa, al ser invitado por la romántica italiana, á la que su visible emoción producía lástima.

La alegre señora de Chesy, la linda rubia de ojos azules (de un azul tan vivo como obscuro el de las pupilas de Adriana Bonnacorsi), había sonreído al recién llegado. Esta sonrisa había animado su rostro blanquísimo bajo la capota de nutria. Su delgado talle, oprimido en un cuerpo de la misma piel; sus manos finísimas, que jugueteaban con su manguito; sus pies pequeños, presos en sus botinas charoladas, acababan de hacer de ella una de esas encantadoras figuras de frivolidad, con las que el mundo tiene ra-

zón al ser indulgente, pues su presencia basta para *frivolizar*, si así puede decirse, las situaciones más falsas y las explicaciones más difíciles. Teniendo en cuenta lo que sabía la señora de Bríon, lo que pensaba la señora de Bonnacorsi, y lo que sentían la baronesa Ely y Pedro Hautefeuille, la entrada de este último hubiera hecho difícil y penosa la conversación si la ligera parisiense no continuara su lindo parloteo de pájaro burlón.

—No debía conocerle á usted—dijo á Pedro—. Hace diez días—añadió dirigiéndose á la señora de Carlsberg—, espere usted...: desde que he comido con él en su casa de usted..., la víspera de su partida..., justo..., ocho días, que ha desaparecido. Y no se lo he escrito á su hermana, que me lo ha confiado. Pues usted está confiado á mí, es positivo, y no á esas señoritas de Niza y de Monte-Carlo.

—¡Pero si yo no he abandonado á Cannes en toda la semana!—dijo Pedro enrojeciendo, á pesar suyo.

La frase de la señora de Chesy acababa de hacer notar la coincidencia significativa entre su desaparición y el alejamiento de la señora de Carlsberg.

—Y ¿qué hacía usted anteayer en la mesa del treinta y cuarenta?—preguntó burlonamente la joven—. ¡Si su hermana mayor se enterase de esto, ella que supone que su hermano se cura prudentemente al sol!

—No le atormente usted—interrumpió la señora de Bonnacorsi—. Le llevamos nosotras.

—Y ¿no acaba usted de contarnos su aventura?—dijo la señora de Carlsberg.

Las inocentes bromas de la señora de Chesy la

disgustaban por la turbación que producían á Hautefeuille. Desde que éste estaba allí, ella también experimentaba aquella sensación de la presencia que aniquila las más fuertes voluntades. Nunca la fisonomía del joven la había parecido más altiva, más atractiva su mirada, más delicada su boca, más graciosos sus ademanes, más digno, en fin, de ser amado. Veía en su actitud esa mezcla de respeto y de pasión, de timidez y de idolatría, de tanto poder sobre las mujeres que han sufrido la brutalidad del hombre, y que sueñan con encontrar el amor sin el odio, la ternura sin los celos, la voluptuosidad sin la violencia.

Hubiera querido gritar á Ivona Chesy: «Cállate, ¿no ves que le haces daño?» Pero ella no ignoraba que la aturdida no tenía en el corazón un átomo de maldad. Era una de esas parisienses de hoy, muy inocente, de mal tono, que jugaba con el escándalo como un niño con sus juguetes, con un fondo real de honestidad; de esas imprudentes que, en ocasiones, pagan con su honor y su dicha un inocente deseo de asombrar y de divertirse. Continuó la anécdota, que la llegada de Hautefeuille había interrumpido, en estos términos:

—¿El fin de mi aventura? Ya les he dicho que ese caballero me había tomado justamente por una... de esas señoritas... En Niza no es extraño... Una mujer que come sola en una mesita de un modesto restaurant... Para hacerse notar, no hacía más que lanzar ¡hum...! ¡hum...! Yo tenía deseos de ofrecerle pastillas de goma para que se le suavizase la garganta... Llamaba mil veces al mozo para que yo volviese la cabeza... Y yo la volvía... no mucho, lo bastante para

que me mirase... Tenía muchas ganas de reír... En fin, pago, me levanto, salgo. Él paga, se levanta, sale... Yo no sabía qué hacer hasta la hora del tren. Él me sigue. Yo dejo que me siga. ¿No se han preguntado ustedes alguna vez, pensando en esas... señoritas, qué es lo que se las dice cuando se las aborda?

—Cosas que á mí me causaría miedo escuchar— dijo la señora de Bonnacorsi.

—Y á mí ahora más..., pues es tan tonto como lo que esos señores nos dicen á nosotras—respondió la señora de Chesy—. Escuchen ustedes. Me detengo ante el escaparate de un florista. El se para á mi lado, á la izquierda. Yo miro los ramos. El también. Oíó el ¡hum...! ¡hum...! de un momento antes. El me habla...—¡He ahí unas rosas bien lindas, señora!—me dice—. Sí, señor, muy lindas.—¿Le gustan á usted las flores, señora?—Iba á responderle: sí, señor, me gustan, cuando oigo á mi derecha una voz que me interpela.—¡Calla..., usted aquí!—Y me encuentro frente á frente con la gran duquesa Vera Paulovna, y al momento mismo veo que mi perseguidor se pone del color de las rosas que mirábamos, y se inclina ante Su Alteza Imperial, que me dice: —Permita usted, querida, que la presente al conde Sergio Komowz, uno de mis más encantadores compatriotas—... Cuadro final.

Apenas había la linda joven concluído de referir su aventura, con ese placer tan evidente y tan inexplicable que ciertas mujeres sienten al rozarse con el *demi-monde*, cuando la repentina entrada de un nuevo personaje vino á disipar la risa en los labios de las amigas que la habían escuchado. Era el archi-

duque Henri-François, con la tez inflamada, como de costumbre, sus pies calzados con sus gruesas botas, y su delgado cuerpo vestido de un traje de color obscuro, que denunciaba, por su sordidez y manchas, el laboratorio. Como había anunciado la víspera, había impedido que Verdier almorzase á la mesa de Ely, y él no se había presentado tampoco. El maestro y el discípulo habían comido, como sucedía frecuentemente, entre dos experiencias, de pie, y en uno de los ángulos de sus hornillos. Después el Príncipe se había retirado bajo pretexto de dormir la siesta, ya fuera que realmente quisiera descansar, ya que medítase alguna prueba decisiva que le permitiera medir el grado de intimidad que existía entre miss Marsh y su preparador. No había, claro es, nombrado á ninguno de los invitados de la Baronesa, y Verdier tampoco dijo nada que á este punto se refiriese. Así es que cuando, al entrar en el salón, vió al joven hablando aparte y familiarmente con la americana, una nube de furor descompuso su rostro.

Brillaron sus ojos como ascuas, y envolvió en una mirada á aquel grupo, y después al otro. De poder, en aquel momento hubiéralos puesto grillos á todos: á su mujer, la causa cierta de aquella traición; á las señoras Bonnacorsi y Brión, por ser amigas de Ely; á la señora de Chesy y á Hautefeuille, porque estaban allí, testigos complacientes de aquella entrevista. Con voz imperiosa, y que apenas contenía, llamó desde un extremo de la habitación:

—¡Señor Verdier!

Volvióse Verdier. El estremecimiento que le produjo la presencia del Príncipe, la humillación de ser

interpelado de aquel modo ante la mujer que amaba, la impaciencia que le producía un yugo largo tiempo soportado, latían en el acento con que respondió:

—¿Monseñor?

—Me hace usted falta en el laboratorio. Venga usted en seguida.

Entonces tocóle al preparador lanzar rayos de furor por los ojos. Durante algunos momentos, los espectadores de aquella odiosa escena pudieron advertir sobre el rostro de aquel hombre superior, humillado indignamente, el trágico combate del orgullo y del reconocimiento. El Archiduque había demostrado gran bondad por la familia del joven. Un perro castigado injustamente tiene esa manera de mirar á su amo. ¿Va á saltarle al cuello? ¿Le va á obedecer? Sin duda Verdier, que conocía al Archiduque, no quiso desencadenar su cólera, y con ella algún rayo de injuriosa insolencia contra Florencia Marsh. Tal vez estimó que su papel de asalariado y agradecido no pedía más que una dignidad: la de hacer resaltar á fuerza de una corrección estricta la incalificable dureza de su amo. Lo cierto es que respondió:

—Voy, monseñor.

Y tomando la mano de miss Marsh por la primera vez, osó besarla, diciendo:

—Perdone usted, señorita, si la abandono así; espero bien pronto volver á verla. Señoras..., caballero...

Y siguió á su terrible señor, el que había salido tan bruscamente como había entrado en el momento en que Verdier llevaba sus labios á la mano de Florencia.

Silencio profundo reinaba ahora entre aquellas personas que habían quedado en pie; uno de esos silencios como el que se produce en sociedad después de una escena que rompe todas las conveniencias, y que los que la presencian no pueden juzgar en alta voz. Ni la señora de Brión, ni la de Bonnacorsi, ni la de Chesy, se atrevían á mirar á la de Carlsberg, que había devuelto al Príncipe, mientras éste permaneció allí, mirada por mirada, gesto por gesto, y que ahora temblaba de cólera bajo la afrenta que su marido la había inferido en su propio salón.

Florencia Marsh, inclinada sobre una mesa, para ocultar sin duda la expresión de su rostro, afectaba buscar sus guantes, su pañuelo y su frasquito de sales, que había colocado allí. En cuanto á Hautefeuille, que no sabía de los detalles de aquella sociedad más que lo que las indiscreciones de Corancey le habían enseñado, ignoraba en absoluto las relaciones de Marcel Verdier con la americana, y no hubiera estado enamorado si no hubiera aplicado lo sucedido á la idea fija que tenía. Sin duda, el espionaje había hecho su obra. El Archiduque sabía su indiscreción. Lo que tenía por cierto desde que encontró la terrible mirada del Príncipe es que su presencia era odiosa á aquel hombre. Y ¿de dónde podía venir esta aversión, sino de las confidencias que le hicieron? ¡Claro! ¡Ah! ¿Cómo pediría perdón á la que amaba por haber sido para ella el principio de nuevos disgustos á más de los que sufría? Entretanto, el silencio acababa de ser roto por la señora de Chesy, que miró á todos y, besando á la Baronesa, dijo:

—Voy á perder el tren esta tarde... Como en Monte-Carlo. ¡Adiós, querida Ely!

—También nosotras nos vamos—dijo la señora de Bonnacorsi, que había tomado el brazo de miss Marsh, mientras Ivona de Chesny salía—. Voy á procurar consolar un poco á esta joven.

—¡Estoy consolada!—respondió Florencia, añadiendo con firmeza: —Siempre se llega donde se quiere llegar si se quiere bien lo que se quiere. Nos iremos, ¿verdad?

—Saldrán ustedes por el jardín y yo las acompañaré; deseo tomar un poco el aire—dijo la señora de Brión.

Y, besando á su vez á Ely, la dijo en voz alta:

—Dentro de un cuarto de hora volveré,

Y añadió en voz baja:

—Ten valor.

La puerta del invernadero, por la que se pasaba al jardín, acababa de cerrarse. Ely de Carlsberg y Pedro Hautefeuille estaban solos. Ambos habían meditado largamente sobre las palabras que pronunciarían en aquella entrevista, y llegaban á ella con una voluntad fija, que era la misma, puesto que ella había decidido pedirle precisamente aquella partida que él había resuelto anunciar. Pero ambos también acababan de ser conmovidos hasta lo más hondo por la escena inesperada á que habían asistido, sobre todo la joven; el salvaje instinto de la rebelión, adormecido en ella por su amor creciente, se despertaba de nuevo en su alma. La herida de su orgullo, dulcificada y casi cerrada, se había abierto repentinamente y sangraba. Acababa de sentir de nuevo

toda la dureza de su destino, que la entregaba, á pesar de todo, á aquel terrible Príncipe, el genio malo de su juventud. En cuanto á Hautefeuille, todas las leyendas recogidas aquí y allá sobre la tiranía y los celos del Archiduque tomaban repentinamente cuerpo ante sus ojos. Aquella visión de los dos esposos frente á frente, amenazador el uno, ultrajada la otra, que tan intolerable le fué imaginada solamente, se acababa de realizar en una inolvidable escena durante los cinco minutos que el Príncipe había permanecido en el salón. Esto bastaba para convertirle, durante la entrevista, en un hombre distinto. Las naturalezas como la suya, llenas de pureza y delicadeza, tienen incertidumbres, indecisiones que dan la idea de una debilidad casi infantil mientras no están en presencia de una situación verdadera y de un deber positivo. Basta el pensamiento de que pueden ser útiles á los que aman para encontrar en la sinceridad de su amor todas las energías de que, al parecer, carecen. Pedro había creído que no tendría valor para soportar la mirada de la Baronesa desde el momento en que adivinara en ella que sabía su acción, y ahora iba á declarársela él mismo de un modo sencillo y natural, por un irresistible y apasionado deseo de expiar su falta, si ésta tenía alguna relación con el disgusto que la había visto sentir y que le llegaba al alma.

—Caballero—empezó ella después de ese silencio que precede á las explicaciones, más penoso que éstas mismas—, le he escrito á usted citándole para tratar de un asunto un poco grave y difícil. Pero primero deseo que esté usted convencido de una cosa:

si en el curso de esta conversación le digo palabras que le causen pena, crea usted que me cuesta mucho trabajo decirlas.

Y repitió:

—Mucho.

—¡Ah, señora!—respondió él—. ¿Teme usted ser dura cuando tiene el derecho de serlo? Lo que yo quiero que sepa usted antes de nada, es que sus reproches, sean los que sean, no igualarán nunca á los que me he hecho, á los que me hago yo mismo. Sí—añadió con el acento del remordimiento más apasionado—; después de lo que acabo de ver y de comprender, ¿cómo perdonarme nunca haber sido para usted la causa de la menor contrariedad? Lo sé todo. Una carta anónima recibida al mismo tiempo que la de usted me ha advertido que mi paso de anteanoche ha sido notado, esa compra del objeto que usted acababa de vender. Sé que uno de los testigos le ha contado á usted lo que yo hice, y adivino lo que usted piensa. No la pido que perdone mi indiscreción. No reflexioné. Vi al mercader tomar el estuche de que usted se servía tan frecuentemente delante de mí. La idea de que el objeto, asociado por mí á la imagen de usted, iba á ser puesto á la venta al siguiente día y á pertenecer quizás á una de esas horribles mujeres como las que había visto agruparse alrededor de las mesas de juego, esta idea fué más fuerte que mi deber de reserva. Vea usted. No procuro ni aun justificarme; pero quizás tenga el derecho de manifestarla que hasta en mi aturdimiento, en mi indiscreción, hubo respeto por usted.

—Jamás he dudado de su delicadeza—dijo la señora de Carlsberg.

Aquella inocente explicación la conmovió hasta lo más hondo de su sér. Había sentido vivamente la juventud y la ternura por contraste con la brutalidad del Príncipe, un cuarto de hora antes, en aquel mismo sitio. Además, había reconocido en seguida la mano de Luisa Brión en la redacción de la carta anónima, prueba de amistad también, con lo que su emoción fué más grande; procuró, pues, llevar la conversación al terreno en que aquella fiel amiga le había suplicado tanto mantenerla. Tímido y débil esfuerzo que desmentían ahora sus ojos, agrandados por la turbación; su seno, que se alzaba en involuntario suspiro; su voz, donde palpitaba su corazón.

—No—repitió—; jamás he dudado de ella; pero usted sabe lo que son los malos pensamientos del mundo, y usted sabrá que su acción ha sido vista, puesto que así se lo han escrito.

—No se me escribirá dos veces—interrumpió el joven—. Esa malquerencia, esa ferocidad del mundo, la he comprendido en algo más que en la lectura de esa carta. La he visto mejor aún hace un instante—añadió con esa firmeza melancólica de las despedidas—, y mi deber está trazado. Felizmente, puedo reparar la indiscreción de anteayer y otras que he podido cometer, y he venido, señora, á decirle á usted sencillamente: Voy á ausentarme, abandono á Cannes; y si me permite usted esperar que me devolverá su estimación, partiré, no más dichoso, pero menos triste.

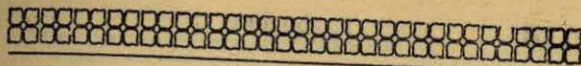
—¡Marcharse usted!—repitió Elena—. ¡Marcharse usted!

Miró al joven frente á frente. Vió aquel rostro delicado, aquella mirada conmovida, cuya dulzura la acariciaba, aquella boca fina y que temblaba aún por las palabras pronunciadas hacía un instante. El pensamiento de que se vería privada para siempre de la presencia de Pedro presentóse ante ella con una precisión físicamente intolerable, al mismo tiempo que la evidencia de la dicha si ambos se abandonaban al profundo instinto que les llevaba el uno hacia el otro. La voluntad cedió al deseo, que se apoderó de ella con irresistible fuerza, y sintiendo en voz alta, dijo

—¡Usted no partirá! ¡No! ¡No puede usted partir! Yo no tengo nada verdadero en torno mío, ¡nada! ¡nada! ¡nada! ¡Y si le perdiera á usted...!

Se levantó con un movimiento apasionado que hizo levantarse también á Pedro, y aproximándose á él, los ojos en sus ojos, con una belleza da aparición—de tal modo su admirable rostro estaba iluminado por el resplandor de su alma que asomaba á sus pupilas y á sus labios—, le cogió las manos, y le dijo, como si hubiera querido en aquella presión y en estas palabras mezclar lo más íntimo de sus dos seres:

—¡No! ¡Usted no me abandonará! ¡No nos separaremos, porque usted me ama y yo le amo á usted!



V

EN EL MAR

Quince días habían transcurrido desde que la señora de Carlsberg, á pesar de sus promesas, de su resolución y de sus remordimientos, había confesado á Pedro Hautefeuille la pasión que sentía por él. La fecha fijada para la partida de la *Jenny* había llegado, y ambos se encontraban de pie, el uno junto al otro, sobre el puente del yate, que llevaba también á la marquesa Bonnacorsi en camino para su fantástico matrimonio; á miss Marsh, su confidente; á la linda señora de Chesy y á su marido; bastante gente en suma para ocupar de continuo al comodoro. Así llamaba en broma Florencia á su tío el infatigable Ricardo Carlyle Marsh, el que, en efecto, no abandonaba el estrecho puente, dirigiendo la maniobra como un marino. Para el potentado de Marionville, tener un carruaje y no guiarle, cruzar el mar en un yate y no dirigirle, era como no tener ni carruaje ni yate. Lo decía él mismo.

—Si mañana me arruinase, sé veinte oficios con los que podría ganarme la vida. Soy maquinista, cochero, carpintero, piloto.